

Los piratas del Oeste. Los piratas de Oriente (Historia de la piratería)

Philip Gosse

Traducción de Lino Novás Calvo

Espasa-Calpe. Austral 814

Madrid, 1970

221 págs.

Los piratas, esos canallas románticos

Miguel A. Moreta-Lara

Al comienzo de mis años universitarios trabé amistad recia con un santo bebedor que dedicaba los días a leer y las noches a la fraternidad etílica. Mi ya desaparecido cuate y genial lector Alfredo Pérez Redondo (en tanto bailábamos al mismo son de las mismas novias y lecturas) me incitó en esos días a leer un par de tomitos de Austral de un tal Philip Gosse, que realmente gocé. Ahora, en tiempos de hartura navideña, rebusqué en mi biblioteca aquellos dos volúmenes de la serie roja (dedicada a *novelas policíacas, de aventuras y femeninas*), pero no encontré más que uno de ellos -el que ahora comentamos-, suficiente para volver a disfrutar las muchas historias que este ensayo encierra sobre las vidas y derrotas de tan díscolos, sangrientos y originales personajes. Lo completé con evocaciones de obras leídas en la infancia (*El halcón de oro* de Frank Yerby¹, *La isla del tesoro* del viejo Stevenson, el último Sandokán del desgraciado Emilio Salgari², amén de muchas películas y cómics) y de otras que pastoreé en la juventud, como los tres volúmenes de *Historias de piratas* de Daniel Defoe, a los que luego aludiré.

¹ El afroamericano Frank Yerby (1916-1991) escribió estupendas novelas históricas y gozó de gran seguimiento (se calcula que de sus libros se vendieron más de 60 millones de copias). El primer éxito editorial del fundador de Planeta fue precisamente una de sus novelas, *Mientras la ciudad duerme* (*Foxes of Harrow*, 1946). Mi iniciación infantil a las lecturas piráticas fue con *El halcón de oro* (Planeta, 1951, publicada en inglés en 1948, *The Golden Hawk*). Fue llevada al cine por Sidney Salkow en 1952 y protagonizada por una bellísima Rhonda Fleming y un estupendo Sterling Hayden.

² Llamo *el último Sandokán* al libro póstumo *Mis memorias* del pequeño gran hombre que fue el marino de biblioteca Emilio Salgari (1862-1911), donde vuelve a revivir episodios sólo forjados por su fantasía. Mi ejemplar está traducido por Gonzalo Calvo y publicado en Buenos Aires, 1977, por el Centro Editor de América Latina.

El doctor Philip Gosse (1879-1959) era nieto del notabilísimo naturalista y escritor Philip Henry Gosse (1810-1888), autor de más de cuarenta publicaciones sobre biología marina, entomología, botánica, etc. También su padre, Edmund William Gosse (1849-1928), fue un reconocido poeta y crítico de arte, además de profesor de literatura inglesa en el Trinity College de Cambridge y amigo de, entre otros, Robert Louis Stevenson, Thomas Hardy, Alfred Tennyson o A. C. Swinburne. Nuestro autor heredaría el gusto científico del abuelo y realizó varios estudios de campo³, aunque reincidió con mayor soltura en el asunto pirático, publicando al menos *The Pirates Who's Who* (1924), *My Pirate Library* (1926), *Hawkins Scourge of Spain* (1930) y *The History of Piracy* (1932)⁴.

Hay que destacar en el relato de Philip Gosse las múltiples fuentes que utiliza, casi siempre de primera mano, es decir, una bibliografía extensa de memorias, diarios, manuscritos, noticias de periódicos, cuadernos de bitácora y fragmentos diversos de la autoría de personas involucradas muy directamente en la piratería. Extrae, por ejemplo, muchos datos de la detallada historia de los bucaneros escrita por Alexander Olivier Exquemelin de Honfleur⁵, que retrata la *Era de la Familia Bien Avenida*, con las proezas de Peter Legrand, François Lolonois (el cruel, codicioso y vengativo bucanero que azotó Maracaibo), Bartolomé el Portugués, Rock Brasiliano, Montbar el Exterminador, Lewis Scot (que saqueó Campeche), Mansfield, Pierre François o Henry Morgan (que acabaría muriendo en la cama como gobernador de Jamaica, 1688).

Asimismo, acude a otra obra más contemporánea, la biografía de *William Dampier* escrita por Clark Russell en 1889, para explicarnos la etimología de la palabra *bucanero*:

Los sitios donde secaban y salaban las carnes los llamaban *boucans* [palabra francesa que significa sitio donde se ahúma la carne, donde se hace carne cecina y cuya etimología se supone deriva del caribe *bucacui*], y de este término vino el nombrarles *bucaniers* o *buccaneers*, según nuestro modo de escribirlo. Perseguían y mataban

³ También publicó un interesante libro de memorias, *A Naturalist goes to War* (1942).

⁴ La editorial Renacimiento ha rescatado algunos de estos títulos: *Quién es quién en la piratería*, Sevilla, 2003, e *Historia de la piratería*, Sevilla, 2008, este último con prólogo del poeta Luis Alberto de Cuenca, quien confiesa: “Produce una sana envidia pensar en el lector que se acerca por primera vez a un libro tan hermoso, tan sabio y tan divertido”. El otro tomo de Phillip Gosse que no he conseguido reencontrar entre mis libros es el titulado *Los corsarios berberiscos. Los piratas del Norte (Historia de la piratería)*, Austral 795. El asunto de la piratería mediterránea da para un ulterior comentario que por ahora pospongo.

⁵ Se publicó por primera vez en holandés (Amsterdam, 1678), luego apareció la traducción española (Colonia, 1681) y en 1684 apareció la versión inglesa con el título de *Bucaneros de América o el verídico relato de los más notables asaltos cometidos en estos últimos años contra las costas de las Indias occidentales por los bucaneros de Jamaica y de Tortuga, lo mismo ingleses que franceses*.

ganado vacuno y traficaban con su carne, y su alimento favorito era el tuétano crudo de los huesos de las bestias que arcabuceaban. Comían y dormían en el suelo; tenían por mesa una piedra; sus almohadas eran troncos de árboles, y su techo era el cálido y rutilante cielo de las Antillas (p. 14).

De la larga nómina de filibusteros, piratas y bucaneros que hace las delicias del lector, la memoria guarda a Bartolomé Roberts, un capitán pirata abstemio que manda apagar las luces a las 8 en punto y prohíbe el juego y las mujeres, lo que no obsta para que lograra capturar unos 400 buques y muriera con las botas puestas. O la inefable historia del capitán Misson y su lugarteniente Caraccioli, que usaban una bandera blanca con el lema “Por Dios y la Libertad” y acabaron fundando una utopía, *Libertalia*, en una solitaria bahía de la isla de Madagascar. O las aventuras de las mujeres piratas Anne Bonny y Mary Read. Para todas estas vidas piratescas de finales del siglo XVII y principios del XVIII Philip Gosse afirma basarse en una magnífica relación escrita por el capitán Charles Johnson publicada en 1724, con el título de *Historia General de los robos y crímenes de los más notorios piratas y también de su política, disciplina y gobierno desde su origen y establecimiento en la Isla de La Providencia, en 1717, hasta el presente año de 1724*. Hoy ya sabemos que ese capitán Johnson no era más que otro seudónimo del grandísimo irónico y genial libelista Daniel Defoe, urdidor de tantas y tan famosas historias, además de las piráticas⁶.

El tratado de Gosse abunda en noticias variopintas, ideas y análisis de las causas, condiciones y vida cotidiana del bandidaje marino, y no da descanso al lector curioso que se desliza navegando a toda vela página tras página. Estos sujetos, además de violentos, eran gente muy organizada, como se demuestra cuando estipulan -al modo moderno de una compañía de seguros- cómo resarcir a los que pierdan miembros:

Así, mandaban la entrega de seiscientas piezas o seis esclavos por pérdida del brazo derecho; por pérdida del izquierdo, quinientas piezas o cinco esclavos; por la pierna derecha, quinientas piezas o cinco esclavos; por la pierna izquierda, cuatrocientas piezas o cuatro esclavos; por un ojo, cien piezas o un esclavo; por un dedo de la mano, la misma compensación que por un ojo (pp. 20-21).

⁶ En la web registryofpseudonyms.com aparecen registrados nada menos que 198 seudónimos (*pen names*). Sus obras se cuentan por centenares. En solo 5 años, Defoe publicó, entre otros, títulos de la envergadura de *Robinson Crusoe* (1719), *Captain Singleton* (1720), *Moll Flanders* (1722), *A Journal of the Plague Year* (1722), *Colonel Jack* (1722), *Roxana* (1724) y *A General History of the Robberies and Murders of the Most Notorious Pyrates* (1724). De esta última obra se publicó en español una selección en tres volúmenes traducidos por Francisco Torres Oliver: *Historias de piratas 1. El capitán Misson y su lugarteniente Caraccioli*, Madrid, Alfaguara/Nostromo, 1977; *Historias de piratas 2. Avery, el pirata afortunado*, Madrid, Alfaguara/Nostromo, 1978; *Historias de piratas 3. El capitán Teach alias Barbanegra*, Madrid, Alfaguara/Nostromo, 1978. También en 2017 la editorial Valdemar la publicó con el título de *Historia general de los piratas*, tras descatalogar la versión anterior de 2001 titulada *Historia general de los robos y asesinatos de los más famosos piratas*.

Paisanaje que vive entre asaltos, robos, estupros, muertes, motines y duelos, pero muy diversa, de comportamiento tan singular, que muchas veces engrosa la leyenda, la canción o el mito:

Entre los bucaneros se encontraban toda clase de personajes raros, de diferente calaña y condición. Médicos, naturalistas, criminales, poetas, arruinados hombres de título y fortuna, nadie estaba fuera de lugar en aquella compañía. Probablemente el más peregrino caso fue el de Lancelot Blackburne, futuro arzobispo de York (p. 41)⁷.

En el capítulo de los piratas orientales la maravilla continúa: piratas árabes en las costas malabares, chinos y japoneses. Entre estos últimos, Yajiro, un corsario japonés convertido al cristianismo por san Francisco Javier en las Molucas. El mismo santo convenció a otro viajero del siglo XVI, explorador y pirata que se hizo jesuita (solo por un tiempo): el aventurero Fernão Mendes Pinto (1509-1583)⁸. Digna de rememoración también es otra dama pirata, joven y hermosa asesina, la viuda Mistress Ching, que se enseñoreó de los cuatro mares de China y de sus ríos, destrozando cualquier flota imperial que se le enfrentara.

El traductor al español de esta obra, el hispanocubano Lino Novás Calvo (1903-1983), perteneciente a la generación de los cultivadores de la novela social española de principios del siglo XX (Ramón J. Sender, Joaquín Arderús, Manuel D. Benavides, Arturo Barea, César M. Arconada, José Díaz Fernández, Andrés Carranque de Ríos...), es autor de una novela⁹ histórica en la que biografíó a un malagueño egresado del Real Colegio de San Telmo, uno de los tratantes de esclavos más renombrados del siglo XIX, el infame Pedro Blanco Fernández de Trava (1795-1854). No está de más recordarlo aquí: si algo tiene en común la piratería, desde la época clásica hasta hoy mismo, es precisamente el inhumano y letal tráfico de personas.

Enero 2018

⁷ Ante la muy probable incredulidad del lector por este caso, Gosse engrosa su argumentario trayendo a colación la figura de John Popham, “salteador que llegó a ser jefe de la Judicatura (lord Chief Justice) o justicia mayor bajo Jaime I de Inglaterra” (p 42).

⁸ Dejó constancia de sus experiencias en un curioso libro (*Peregrinaçam*, Lisboa, 1614), traducido al castellano (Valencia, 1645) y publicado como *Historia oriental de las peregrinaciones de Fernan Mendez Pinto portugues: adonde se escriven muchas y muy estrañas cosas que vio, y oyó en los Reynos de la China, Tartaria, Sornao, que vulgarmente se llama Siam, Calamiñan, Peguu, Martuan, y otros muchos de aquellas partes orientales...* / *traduzido de portugues en castellano por...* Francisco Herrera Maldonado.

⁹ *Pedro Blanco el Negrero (Vida novelada de Pedro Blanco Fernández de Trava)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1933.